

El Pacífico busca su "Madredediós"

Sayly Duque Palacios*

A: Sylvia Ferrand y Willy Oriou. Amigos inalterables como el oro que le arrebataron al olvido en Normandía, parte de la historia del Chocó está aquí: "Madrededios".

Cali, la Sultana del Valle, tiene el privilegio de entregar a los colombianos, y especialmente a los chocoanos, *Buscando mi madredediós*, una obra que ve la luz el 21 de octubre de 2009, en un momento que nos permitirá volver a ocuparnos de entretejer relaciones familiares y sociales en los territorios afro y en el resto del país. Cali, puerta que se abrió ante la presencia desesperada del poeta y novelista Jorge Isaacs, autor de *María* (obra del romanticismo), que encon-

tró en el Valle del Cauca ese espacio soñado para adornar con sus descripciones el ambiente propicio de sus personajes que permanecen en nuestra historia y en las páginas de la literatura universal.

Cali, que en viejas épocas le fue esquivada a Arnoldo Palacios. Él, un joven diletante de otros tiempos, quedó prendado de la Sultana desde el primer momento que la habitó, pero ella, difícil, no lo retuvo y lo dejó partir. Hoy, el autor de las *Estrellas son negras* tiene el reto, en tres días, de "per-

*. Doctora en Ciencias de la Educación, ensayista, poetisa, maestra universitaria, experta en literatura afro.



fumar con *quereme* a Cali”, de coronarla con una diadema de estrellas negras y con susurros perceptibles en la penumbra; de acariciarla con las “plumas del pájaro mancuá”; el verbo de Palacios debe huir del auditorio del Jorge Isaacs para que el eco retumbe en la Plaza de Caicedo. *Madredediós* pretende dar a conocer las formas dialectales del castellano clásico que hablaban los esclavos negros en el Pacífico, y especialmente en el Chocó. Por lo tanto, es un libro testimonial.

Madredediós, más que un libro, es la vida misma de los pueblos del Chocó. Por eso, arranca reconociendo la existencia de los indios embera. El autor narra cómo los afros observan, definen y entienden la presencia de los indios, sobre todo cuando estos últimos concurren los fines de semana a la cabecera de los pueblos a vender sus productos y a comprar sal. Los negros y los indios viven en la misma región, pero separados por ríos y por la selva. Pero esta interacción de alguna manera, en el caso de Cértegui, nos ha permitido conocer el concepto de diferencia en la cultura.

Asimismo presenta episodios reales a manera de memoria, inicialmente de un niño de tres años, que más que hablar de él, se introduce en la vida social del pueblo y del país. Tomamos algunas citas del libro para advertir la presencia de personajes como: “El único que se le podía parar en la historia de Colombia era el negro Robles. Se hablaba del doctor Diego Luis como que fuera más grande que el padre Luis Demetrio Salazar” (p. 321, cap., XCCV).

En la cita anterior, encontramos retratados tres hombres, dos con destinos similares desde el punto de vista político, y al sacerdote Luis Demetrio Salazar, considerado un “santo”, y del que dicen algunos en Tadó que se comportó como conservador en la época de la violencia.



Buscando mi madredediós es un libro suggestivo que invita a ser escudriñado; es ameno, está escrito en capítulos cortos a manera de estampas o semblanzas, y podríamos decir que es un libro pedagógico-didáctico para conocer la vida de un pueblo a través de personajes comunes y corrientes que desempeñan un papel importante en cada una de las actividades humanas: sea en el pueblo de Cértegui o en regiones como el Baudó; el cómo se enseña y el cómo se aprende, el por qué aprender y el reconocimiento del que sabe su “ciencia”, lo vemos permanentemente en las narraciones de *Madredediós*.

“El autor conserva y utiliza los decires populares, y transcribe ese castellano que los chochoanos y los de su raza (que es la de Arnoldo) se han encargado de transformar y adaptar a lo largo de quinientos años, pero ello no es una limitante. Al contrario, ese chochoñol...” “Los espejos de Arnoldo”, el prólogo de don Antonio Cruz Cárdenas (*in memoriam*), muestra la importancia de la comunicación como acto creativo del africano y de sus descendientes, al tener que habitar otros territorios y en condiciones diferentes, con otras personas del mismo

continente, pero en donde también se aprecia que, a pesar de haber sido traídos de la misma geografía, hay variantes culturales palpables que el colonizador aprovecha para mantenerlos a raya y evitar las refriegas en nombre de la libertad.

El autor recurre al género de autobiografía novelada. Sin embargo, para ser justa, tendríamos que decir que la parte autobiográfica no sepulta a los otros personajes ni a sus acciones, al destacar a un sólo hombre, un hombre que desde niño ve como su vida es afectada por muchos acontecimientos que podríamos llamar 'negativos'.

A continuación, encontramos los vestigios de la exclusión de las mujeres negras en la educación:

Una muchacha negra no alcanzaba a ser maestra porque no le permitían hacer estudios en el Colegio de la Presentación, regido por monjas blancas, para muchachas blancas. Si acaso, una mulata, tirando más a blanca que a negra y con el pelo liso, podía tener la suerte de ser aceptada en el Colegio de la Presentación. Decían en Cértegui, y esto más bien era que lo repetían, pues en todo el Chocó lo proclamaban, que los negros ya no iban a seguir aceptando ese trato (p. 321).

Esa frase, a manera de resumen, resolvería la pregunta de doña Flor Arias de Rosero, quien vive en Cali y reconoce la superioridad de la inteligencia de su prima Elba Palacios, quien inspira al autor a escribir este episodio familiar que protagoniza la familia Palacios ante la necesidad de que Elba, quien es negra, salga de Cértegui a estudiar a la Presentación. Hasta su propio padre, un liberal radical, considera que las mujeres deben imponer su inteligencia y su voluntad así sea en contra de las normas que la blancocracia

quibdoseña ha mantenido por muchos años. "Al intuir de qué se trataba sacaron de una casa vecina una mesa, sobre la cual colocaron la caja mortuoria, como para descansar. A mí me pusieron una silla de palo. Sentado, mis muletas entre las piernas, comencé la lectura de mi hojita de cuaderno: 'Ana Zoila Palacios:...' ("Ana Zoila", p. 340, cap., CII).

Arnoldo considera que recibió el influjo inicial de personajes como Tomás de Aquino Moreno, José Lao Moreno y Carlos N. Moreno, los primos mayores con quienes tenía conversaciones permanentes. Ellos le enseñaban al niño a través de ejemplos sencillos y palpables las intrínsecas de la vida, y que en entre las desgracias del pueblo de Cértegui, se contaban la expulsión del colegio de Tomás y José Lao por racismo en Antioquia y Bogotá. Pero es necesario resaltar que estos dos jóvenes van sumando atributos intelectuales a Arnoldo, quien, ante el féretro de Ana Zoila, hija de la tía Iustina Martínez Torre, el adolescente expresa el deseo de despedir a la joven que parte definitivamente del mundo terrenal. Y es, en ese preciso instante, en que el sentimiento por la pérdida de su compañerita de conversaciones y juegos lo consagra como un gran orador a temprana edad.

En la cultura afro la palabra hablada gozó de respeto durante mucho tiempo, posiblemente por el analfabetismo o por la seriedad con que eran criadas las personas y con la que hacían respetar "su" compromiso verbal. A continuación encontramos de nuevo situaciones inaceptables que logran que Palacios exprese la no aceptación de actitudes racistas que impedían que jóvenes como él aspiraran a ser alguien en la vida y, de esta manera, justificar la superioridad de unos frente a otros. Al respecto escribe:

A mí me pareció que semejante oportunidad debía ser aprovechada para

**Una muchacha negra
no alcanzaba a ser
maestra porque no
le permitían hacer
estudios en el Colegio
de la Presentación,
regido por monjas
blancas, para
muchachas blancas.
Si acaso, una mulata,
tirando más a blanca
que a negra y con
el pelo liso, podía
tener la suerte de ser
aceptada en el Colegio
de la Presentación.**



presentar al mandatario una especie de pliego de peticiones de parte de nuestro corregimiento, siendo los puntos principales reclamar el paso de la famosa carretera y becas para estudiar. Ofuscado por la injusticia me subió ira, alcé la voz, pegué un puñetazo sobre el balcón y mi discurso se convirtió en un furibundo ataque contra los huéspedes... (Buscando mi madre-dedios, cap. CIII, p. 340).

Este libro es una invitación a que los jóvenes encuentren su *madrededios*, para que disfruten un libro diferente, soñado, entrañable, necesario, porque es verdade-

ramente humano, escrito con todo el cuidado del caso, para que los protagonistas ocupen el sitio de maestros y de personas que respetan la cultura así como a los niños y a cada integrante de la sociedad. *Buscando mi madre-dedios* ha sido traducido al francés, y ha tenido buenas críticas en Estados Unidos y Colombia.

En el caso del Pacífico, este libro nos enseñará a reconocernos como habitantes del mismo espacio, a aceptar que tenemos una suerte compartida y un origen común.

Madrededios ha sido editada 60 años después de las *Estrellas son negras*, la primera novela del autor. ■



En el caso del Pacífico, este libro nos enseñará a reconocernos como habitantes del mismo espacio, a aceptar que tenemos una suerte compartida y un origen común.